

EL FUTURO DE LA PRENSA, DESDE LA HISTORIA

Lilia Jorge

Tal vez nunca haya sido mayor la incertidumbre sobre las proyecciones que habrá de alcanzar el periodismo futuro como la que sobrevuela en los ámbitos académicos ante la inminencia del nuevo siglo. En este acelerado proceso de globalizaciones y regionalizaciones a nivel económico político y de revoluciones tecnológico-culturales en el ámbito comunicacional, resulta imposible referirse a lo específico informativo -a aquella tarea que asumen los medios de transformar los hechos de actualidad en noticias- sin tomar en cuenta la compleja trama que lo sustenta.

Y no es que falten pronósticos sino que en la mayoría de los casos éstos se encuentran más ligados al desarrollo de la técnica y la tecnología comunicacional que a lo específico del discurso periodístico y su significación social.

La múltiple y cambiante oferta tecnológica de los últimos años, no sólo desorienta a los ámbitos académicos sobre la evolución de los medios sino que nuevamente genera alineamientos en torno a posiciones antagónicas. Como en los años '50, otra vez aparecen los debates entre los «apocalípticos» y su escepticismo frente al destino de la labor periodística, y los «integrados» y su fascinación ante el frenesí de la tecnología y «la revolución comunicacional del siglo XXI».

¿Qué nos deparará el futuro? ¿Qué estrategias deberá adoptar un quehacer que trabaja sobre la dinámica temporal, sobre un material tan evanescente y tan importante como la información de actualidad? Todo parece indicar que nos enfrentamos a cambios más revolucionarios que los que generó la aparición de la televisión, sin que estemos suficientemente preparados para enfrentarlos, sin que hayamos estudiado en profundidad qué pasó con la prensa en aquella oportunidad, cuando todos vaticinaban su desaparición.

En este punto de inflexión en el desarrollo de las comunicaciones masivas tal vez sea útil echar una mirada al pasado para evaluar a dónde hemos llegado y en qué condiciones estamos para enfrentar el futuro.

DE LAS CARABELAS AL SATÉLITE

La prensa hispanoamericana registra un desarrollo similar al de los países occidentales, aunque con un gran desfase en el tiempo. En la época de la Colonia la evolución de la prensa escrita estuvo condicionada por la importación de instrumentos tecnológicos que hicieran posible su desarrollo. La llegada de la imprenta en fechas tempranas a los virreinos de México y Perú, propició el surgimiento de un periodismo local que habría de convertirse en el antecedente más inmediato de la producción periodística criolla.

Distinta fue la situación en las colonias del Cono Sur americano, las que debido al retraso en la incorporación de tecnología, tuvieron un desarrollo cultural más tardío, con «hojas impresas» que recién comenzaron a circular a principios del siglo XIX, en los años cercanos a la Independencia.

Los conquistadores fueron los primeros «cronistas» instalados en suelo latinoamericano dedicados a narrar acontecimientos vividos y a describir el nuevo mundo para destinatarios europeos. Y lo hicieron según las pautas discursivas vigentes en la cultura de la época. Así como Marco Polo creyó ver unicornios en los rinocerontes que aparecían ante sus ojos, los cronistas de Indias, inmersos en el humanismo renacentista e influenciados por la novela de caballerías y la picaresca, no podían tener otra visión más que aquella caracterizada por la mezcla de elementos fantásticos y realistas presentes en su literatura.

Los propios escritos de Cristóbal Colón son sin duda el primer intento por construir un universo discursivo sobre las tierras descubiertas y la relación que entablarían con los nativos. El descubridor del continente fue también el creador de ese mundo simbólico, donde aparecen los rasgos esenciales de la «utopía europea» que lanzó a los conquistadores sobre estas tierras. En sus diarios de viaje se esbozan ya los trazos básicos de ese «otro nativo» que habría de repetirse en la escritura de los soldados, navegantes, clérigos y hombres de letras que llegaron posteriormente a «relatar» la «actualidad» del nuevo mundo.

Los cronistas compartían con lo que hoy se entiende por «reporteros» la misión de informar sobre los «hechos de actualidad» en su carácter de «emisores» que mediaban entre los hechos -de los que muchas veces eran protagonistas- y los destinatarios. Y lo hicieron creando las «crónicas», género que la posteridad reconoció con su apellido específico «de Indias».

Fernández de Castro y Henestrosa¹ describe el periodismo inicial de la etapa colonial hispanoamericana destacando el restringido marco del quehacer informativo: «El público colonial se consideraba satisfecho, en lo que se refería a noticias locales, con los edictos, bandos y pasquines que aparecían profusamente en la ciudad quedando sin alimento su curiosidad en lo referente a las noticias de Ultramar. Por eso, a medida que la importancia de las noticias locales iba en aumento, y no obstante las dificultades de toda clase, la censura eclesiástica y civil, el alto costo del material de imprenta, la escasez de lectores, etc., se iba imponiendo cada vez más la necesidad de la aparición de órganos que reunieran ambas condiciones: la recopilación de noticias del exterior y la difusión a mayor círculo que el edicto, bando o pasquín comprendían. De la conjunción de estas dos circunstancias nació el periodismo, tal y como se practicaba en Europa varias décadas atrás. No hay que olvidar que Azorín dijo en una de sus más meditadas obras de juventud que «el periodismo no se hace profesional en España hasta el siglo XVIII».

Cuando las colonias empezaron a organizar su propia prensa con emisores y receptores pertenecientes a un ámbito común comenzaría una nueva historia cuyo punto de inflexión más importante estaría marcado por las revoluciones triunfantes y los procesos político-institucionales que dieron la independencia a todo el continente.

En el Cono Sur, el *Telégrafo Mercantil* había comenzado en 1801 a preparar el terreno con el tratamiento de temáticas basadas en la Ilustración y en el ideario francés, hasta que la *Gaceta de Buenos Aires* en 1810 y *La Aurora de Chile* en 1812 darían nacimiento a un tipo de prensa opinativa y doctrinaria al servicio de la causa revolucionaria.

En aquellos años, la prosa literaria, la prensa, y los escritos políticos, históricos y jurídicos formaban un entramado difícil de clasificar. No se había impuesto aún los principios de «género» y los «hechos», que surgían con notable frecuencia en ese período de cambios, no eran destacados como tales sino que aparecían como elementos de juicio, como datos ilustrativos, de una línea de acción. Un incendio, por ejemplo, más que un acontecimiento impactante por sí mismo era un escándalo por la falta de prevención para evitarlo. No existía la exigencia de «objetividad» ni la intención de «neutralidad» sino que imperaba entonces la apreciación subjetiva, con gran libertad narrativa y una evidente diversidad de estilos.

La escritura de los criollos, quienes por primera vez aluden a la realidad americana desde su lugar de pertenencia y con el sentimiento de quien se refiere a lo propio, es la resultante de un complejo proceso de reelaboraciones y nuevas búsquedas donde se conjuga lo heredado de la cultura española y lo nuevo aportado por las corrientes de pensamiento europeo.

La aparición de los primeros periódicos criollos fue recibida como un acontecimiento altamente positivo, como un instrumento democratizador capaz de acompañar los procesos políticos y de formar una opinión pública favorable a los cambios en curso.

La misma percepción positiva habría de permanecer durante todo el siglo XIX cuando los periódicos se convirtieran en una valiosa herramienta de «civilización» al realizar una eficaz tarea pedagógica, como lo señalaba Domingo F. Sarmiento en *El Nacional* del 15-05-1841: «El diario es para los pueblos modernos lo que era el foro para los pueblos romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito (...) Por el diarismo las grandes acciones reciben palmoteos que las aplauden por toda la tierra y los delitos un signo de escándalo y reprobación (...) y, por el diarismo, en fin, el pueblo antes ignorante y privado de medios de cultura empieza a interesarse en los conocimientos y a gustar de la lectura que los instruye y divierte, elevando a todos al goce de las ventajas sociales y despertando talentos, genios e industrias que sin él hubieran permanecido en la oscuridad. Los diarios han ejercido una influencia poderosa en la marcha de la civilización y en el movimiento social que ejecutan los pueblos modernos».

Desde ese momento la prensa comenzará a orientarse hacia la «publicidad» -lo que se hace «público», según J. Habermas²- a diferenciarse de lo «privado», emprendiendo el gran despegue para el tráfico de noticias, acorde con las exigencias de un mercado cada vez más ávido de información diversificada.

La evolución de la prensa seguirá los vaivenes de los procesos democráticos, permitiéndose roles más críticos en momentos de mayor libertad, o ajustándose a la censura o a las exigencias de organismos del gobierno bajo regímenes dictatoriales.

Con sus avances y retrocesos, con sus acercamientos y alejamientos -voluntarios o forzados- a los sectores políticos, con sus debilidades y fortalezas, la prensa ha jugado un rol fundamental en la ampliación del espacio público y la consolidación de una opinión pública cada vez más crítica. Sus páginas impresas dejaron una valiosa herencia cultural cuya presencia es incuestionable, pero cuyo reconocimiento y evaluación aún está pendiente.

INFLUENCIAS DE LA INDUSTRIA EDITORIAL NORTEAMERICANA

Recién a finales del siglo, bajo la influencia norteamericana se produce un cambio importante en el tratamiento del material informativo, con ajustes en los contratos enunciativos y la implementación de novedosas gramáticas.

Se trataba básicamente de erradicar los elementos enunciativos portadores de subjetividad y establecer fórmulas impersonales para referirse al qué, cómo, quien, dónde, cuándo y por qué con concisión y claridad.

El discurso periodístico delinearé así sus características básicas concebidas como el máximo grado de «objetividad» en la transmisión de las noticias.

Al mantener totalmente escindidos los hechos de los comentarios e ir imponiendo un esquema rígido en la redacción de las noticias, la mediación del periodista quedará establecida en términos de máxima neutralidad. Se intenta buscar una identificación entre «hechos» y «noticias» como si no se tratara de ámbitos distintos, como si toda producción discursiva no implicara necesariamente la intervención de un sujeto constructor, aunque éste permanezca oculto tras un lenguaje neutro.

Debieron pasar algunas décadas para reconocer que los hechos y los discursos sobre los mismos constituyen dos ámbitos diferentes, y aceptar que la «objetividad» sólo admite grados y no será «absoluta» mientras haya alguien -en los medios siempre será un lugar múltiple y no individual- que asuma la enunciación y construya un discurso.

Pero esta tendencia que pareció alcanzar su máximo grado de desarrollo en las primeras décadas del siglo comenzará a registrar cierto declive en los años cercanos a la segunda guerra mundial. Por razones que no analizaremos aquí, el espejismo de la «objetividad» absoluta comenzará a desvanecerse cuando el periodismo informativo encuentre rápido anclaje en medios mejor dotados para la transmisión inmediata de las noticias como es el caso de la radio y la televisión.

A pesar de los sucesivos cambios y readaptaciones, la página impresa conservará su sitio privilegiado hasta que el vértigo de los avances tecnológicos venga a ponerla en jaque como ocurre con los otros medios y las concepciones comunicativas de la información. Por primera vez a lo largo de su historia la prensa verá peligrar su continuidad ante la hegemonía de lo audiovisual y sus propuestas informáticas.

¿Finalmente la prensa será derrotada al igual que el libro y toda la escritura gráfica como vaticinan las voces más pesimistas? ¿Podrá el ciudadano prescindir del placer cotidiano que le proporcionan esas hojas impresas que lee y relee según su propio ritmo? ¿O simplemente se trata de otra vuelta de tuerca, de un nuevo desafío frente al que deberá aguzar los sentidos para desarrollar nuevas propuestas?

LOS NUEVOS TEMAS, GÉNEROS Y ESTILOS

Cuando la radio y la televisión le disputaban la inmediatez informativa, la prensa fue capaz de demostrar su ductilidad y capacidad de respuesta al encontrar otros caminos alternativos, entre los que podemos mencionar básicamente tres:

- La investigación periodística y la búsqueda de nuevos temas para la construcción de su agenda.
- La creación del «género interpretativo» .
- La creación de un nuevo estilo reconocido como «nuevo periodismo».

LA REALIDAD BAJO SOSPECHA

A los tradicionales temas políticos, económicos, culturales y deportivos que generalmente serían proporcionados por las fuentes oficiales, la prensa asumirá una tarea investigativa que irá adquiriendo mayor importancia a medida que se consolidaban los procesos democráticos.

Aunque la historia del periodismo registra importantes antecedentes investigativos –como el realizado en Francia sobre el «Affaire Dreyfus», recién en los años '60 la tarea logra su total reconocimiento y valorización cuando Carl Bernstein y Bob Woodward destaparon el «Watergate». El acontecimiento fue lo suficientemente impactante como para marcar el inicio de una nueva etapa e inducir a los reponsables de los medios a incorporarla investigación como una actividad necesaria con gran aceptación por parte de la opinión pública.

De allí en adelante el quehacer de la prensa no podía verse reducido a una simple intermediación entre las fuentes y los receptores. A ello se sumaría un trabajo adicional de enorme importancia: la búsqueda de fuentes alternativas que permitie-

ran ver la realidad más allá de lo evidente o más allá de la información oficial.

Se destinaron entonces medios y periodistas para recorrer archivos, buscar documentación, encontrar fuentes alternativas, y realizar un tipo de notas que además de recoger la información pudiera generarla, instalando en el debate público los hechos y acciones que suelen ser ignorados.

Sin duda esta iniciativa marcó una nueva etapa en la que la prensa comienza a construir su propia agenda al servicio de la opinión pública. Y aunque es indudable que este tipo de periodismo depende de la política editorial del diario y de los intereses que pueda afectar una investigación, también hay que reconocer que en el ejercicio de estas funciones la prensa se convirtió en un valioso instrumento regulador de las prácticas democráticas.

Como lo señala Alain Minc³, la selección temática está estrechamente relacionada con la cultura y con los procesos político-sociales de cada coyuntura. Es así como en los países de mayor apertura democrática la Agenda incorpora temas ignorados o tratados como secundarios, como es el caso de los problemas juveniles, la marginalidad, la mujer, la ecología, la discriminación, etc. La actitud interrelativa que suelen asumir los medios -como ocurre en la Argentina y en Colombia- les otorga un importante protagonismo social frente a los poderes del Estado. Y aunque esta ampliación temática haya sido abordada también por la televisión, es necesario señalar las diferencias que suelen verificarse en el tratamiento de cada medio. Mientras la prensa investiga y trabaja el tema en su complejidad, la televisión parece imposibilitada de evitar la inclinación hacia el énfasis enunciativo y el regodeo retórico propios del estilo melodramático. Poner en pantalla a una mujer o un niño golpeado en un primer plano y con enfoques orientados a remarcar el dolor, es sin duda más impactante que la palabra escrita. La explotación de la espectacularidad de la imagen puede transformar la mediación positiva y democratizadora que realiza la prensa en un burdo efecto sensacionalista.

EL PERIODISMO INTERPRETATIVO⁴

El interpretativo, género o modo» que surge después de la segunda guerra mundial, otro de los caminos emprendidos por la prensa al delegar la inmediatez informativa a los medios audiovisuales, vendrá a ocupar un lugar intermedio entre el género informativo y el de opinión. Si bien se basa en criterios de «objetividad» -lo que lo mantiene más cercano al «informativo» la incorporación del «contexto» en el tratamiento de la información, es decir el abordaje de los nexos causales entre hechos o situaciones, implican necesariamente la participación de juicios interpretativos o valorativos por parte del enunciadore⁵. Indudablemente, la irrupción de este género tensiona la relación entre «objetividad» y «subjetividad» dejando en evidencia los grados de arbitrariedad que poseen las rígidas fronteras defendidas hasta entonces. No es por azar que en esos momentos surja también el «Nuevo Periodismo», revolucionando las salas de prensa al ostentar una libertad enunciativa inédita en la prensa anglosajona⁶.

EL NUEVO PERIODISMO

El nuevo periodismo es el tercer recurso innovador registrado en la prensa en años inmediatamente posteriores a la aparición del modo interpretativo. Aunque en los manuales se lo suele considerar indiscriminadamente un «nuevo tipo de periodismo», prefiero definirlo como «estilo» ya que se trata de una «forma de hacer» que puede transitar por diversos géneros (aunque prefiera anclarse en la crónica y el reportaje).⁷ Este nuevo estilo que incorpora elementos de la non-fiction en la creación de ambientes y personajes, viene a debilitar uno de los baluartes centrales del periodismo occidental al dar cabida a un enunciadore-narrador subjetivo que relata y enjuicia desde su propia percepción y con los mismos enfoques o puntos de vista de la literatura.

Evidentemente, la irrupción del nuevo estilo en la prensa norteamericana refleja los cambios que se venían registrando en la realidad histórico-social. El nuevo periodismo surgía en medio de una situación política compleja provocada por la guerra de Vietnam y caracterizada por el cuestionamiento a los valores vigentes, y por la búsqueda de nuevas formas expresivas en los ámbitos culturales.

En Latinoamérica, continente que en los años '60 conoce conmociones políticas y culturales aún más drásticas, el Nuevo Periodismo es aceptado naturalmente al armonizar con las raíces literarias siempre presentes en su prensa. El fenómeno hará eclosión en los diarios y revistas, y permanecerá como rasgos constitutivos en gran parte de la prensa actual.

Aunque se basen en principios estructurales distintos, los nuevos procedimientos otorgan un nuevo protagonismo al enunciadore, en quien delegan un margen de responsabilidad en la aprehensión de los nexos causales que permiten explicar

ciertos hechos o situaciones sociales en el caso del modo interpretativo, y una responsabilidad aún mayor en el nuevo periodismo, puesto que se le permite narrar los hechos desde su propia óptica y recrear ambientes y personajes como una forma de captar la realidad cotidiana en dimensiones literarias y/o ensayísticas.

Se trata de una vuelta a la subjetividad, a la mirada singular capaz de captar los hechos en su complejidad para construir un discurso más elaborado, con mayores elementos de juicio, y abierto a distintas lecturas. Y en este sentido es que podemos encontrar aspectos similares en nuestras propias raíces. El periodismo del Cono Sur fue ensayístico y literario desde sus orígenes. La necesidad de comprender la realidad y transformarla en escritura hizo de la prensa escrita el vehículo privilegiado de los escritores/literatos de la época. Las crónicas, los artículos de costumbres, los textos ensayístico-literarios publicados como folletines (como fue el caso de **El Facundo** de Sarmiento publicado en *El Progreso*) son expresiones de una época que no conocía reglas estrictas aunque en ella surgieran, paulatinamente, los géneros y estilos propios del discurso posterior.

Jaime Rest define al ensayo como «una vía literaria de aproximación a cierto conocimiento de índole conceptual»⁸ y reconoce que «fue a través del ensayo (periodístico, político, literario) que se fue delineando la fisonomía cultural de los nuevos países» desde la Independencia.

Sin bien es cierto que la escuela norteamericana con sus principios de objetividad contribuyó a definir y estabilizar el discurso periodístico imprimiéndole el rigor que exige el tratamiento de los hechos de actualidad, es necesario también reconocer que en muchos casos el acatamiento a sus principios constructivos se transformó en dogma, mutilando la riqueza discursiva de las prácticas anteriores.

Como si «información» rimara con democracia «y una información abundante con una democracia más grande» -como señala Alain Minc- sin tomar en cuenta el tipo de información que se nos brinda y sin preguntarse: «¿Qué información? ¿Analizada a través de qué filtros? ¿Enraizada en qué cultura? ¿Reescrita en nombre de qué historia?»⁹

Si es pertinente defender el derecho a la información como uno de los pivotes centrales de todo estado democrático, es necesario también reconocer que su explotación excesiva puede distorsionar su función esencial. La hiperinformación, la exacerbación del proceso noticioso trabajado como sumatoria de acontecimientos, no sólo es insuficiente como servicio a la ciudadanía sino que está cayendo, como señala Dominique Wolton¹⁰ en la «trampa del directo», efecto orientado a eliminar las distancias entre realidad y noticia, y construir un mundo a partir de detalles y repeticiones que no permiten la visión de conjunto.

¿QUÉ DESEAMOS PARA EL FUTURO?

En razón de condiciones de producción que brindan más tiempo a la reflexión y organización del material, la prensa cuenta con mayores posibilidades de jerarquizar ese cúmulo de fragmentos de realidad que presentan los noticieros radiofónicos y televisivos.

La trayectoria seguida por la prensa en estos años de vida republicana es un interesante espejo para reconocer los estilos y procedimientos discursivos que forman nuestro bagaje cultural. Sin actitudes nostálgicas y con la intención de aprender del pasado para aceptar sin temores los cambios debemos conocer lo ya recorrido para encontrar caminos futuros. Así como se ha ido superando la tiranía de la inmediatez, también hay que evitar la tiranía de lo perecible en función de lo que vendrá.

Si bien no poseemos las certezas de los hombres decimonónicos, aquellos militantes del progreso, que esperaban optimistas un nuevo siglo que iba a caracterizarse por la concreción de sus sueños y proyectos, con un periodismo al servicio de la democratización y el desarrollo del Estado-Nación, los intelectuales de este fin de siglo tenemos un enorme desafío por delante.

Tal vez este momento de inflexión particular ofrezca a la prensa la coyuntura ideal para volver la mirada hacia lo propio y comprobar que la prensa evaluativa, interpretativa, subjetiva, literaria, ensayística y creativa tiene un camino por recorrer. Tal vez si dejamos de mirar los árboles individuales que nos ofrece la información fragmentada, podamos percibir y comprender el bosque de nuestra realidad cotidiana sin la espectacularidad de la propuesta audiovisual, pero con el goce de la mirada inteligente.

NOTAS.-

1. José Antonio Fernández de Castro y Andrés Henestrosa en «Periodismo y Periodistas en Hispanoamérica» apéndice del libro de Georges Weill «El diario», Fondo de Cultura Económica, México 1941.
2. Jürgen Habermas, «Historia y crítica de la Opinión Pública» Barcelona, Gustavo Gili, 1981.
3. Minc, Alain en «Média-choc» París, Grasset, 1992.
4. Los manuales de periodismo aluden a esta nueva gramática productiva denominándola indistintamente «género interpretativo» o «periodismo interpretativo» sin definir claramente esta categoría. En el libro «Géneros y estilos periodísticos» (aún no publicado) lo abordo como «modo» o «tipo» -según la clasificación de G. Genette- considerándolo una categoría teórica o abstracta que admite a su vez la inclusión de otros géneros concretos o empíricos.
5. Si bien los manuales de periodismo son enfáticos en la remarcar la «objetividad» del nuevo género, es evidente que los procesos interpretativos están más cercanos a la percepción y conocimientos subjetivos que a una posible relación que naturalmente puedan establecer los hechos por sí mismos. No quiero extenderme en este punto que he tratado en otros textos. Baste recordar que las teorías del conocimiento modernas niegan la posibilidad de conocer los hechos en sí, al margen de la percepción subjetiva de los mismos.
6. Tom Wolf en «El Nuevo Periodismo» (Barcelona, Anagrama, 1976) describe las características del fenómeno en la prensa norteamericana.
7. La concepción de «estilo» que también trabajo en el texto sobre «Géneros y estilos periodísticos» no es sólo una «forma de hacer» sino una gramática de producción que atañe a lo temático, lo retórico y lo enunciativo, tal como lo señala Oscar Steimberg en su libro «La recepción del género» Buenos Aires, Atuel, 1993.
8. Rest, Jaime «Notas sobre el ensayo» Buenos Aires, Ceal, 1982.
9. op. cit. (pág.121).
10. Dominique Wolton «La información y la guerra», Siglo XXI, México, 1992.

